

Tele¿qués? telecos y vuelta a empezar

♦ J.A. Martín-Pereda

Una de las cosas que todos los de mi generación estoy seguro recordarán era el diálogo que se solía tener al iniciar la conversación con alguien y decirle que uno era estudiante:

—¿Y qué estudias?

—Telecomunicación.

—Tele ... ¿qué?

—Telecomunicación.

—¿Y eso qué es?

—Pues cosas de esas que sirven para comunicarse unos con otros.

—¡Ah, ya! ¡Telégrafos!

Se notaba enseguida la pérdida de interés por parte del que preguntaba. Si había sido alguna mocita en edad de merecer veíamos cómo, al poco tiempo, dialogaba henchida de entusiasmo con otro al que había hecho la misma pregunta pero que había resultado ser “de Caminos”. Normalmente este último era un “niño más bien” que nosotros y, a veces, hasta llevaba las llaves del coche de su papá. Los de “Tele¿qué?” teníamos que conformarnos con cambiar los discos, si estábamos en un guateque hortera de esos de los sesenta, o en dedicarnos a sublimizar los “play-backs” y el mensaje oculto tras los diálogos inconexos del film peñazo que nos acabábamos de tragar en la última sesión de Cineclub.

Una variante del diálogo anterior era el cambio de “Telégrafos” por “Correos”. En ese caso nuestra adscripción a un entorno de la sociedad estaba todavía más claro porque, quien más y quien menos, siempre recibía alguna carta. De cualquier manera, la gente no se hacía mucha idea de para qué hacían falta tantos años de estudio, sólo para repartir la correspondencia o para transmitir un telegrama a las doce de la noche (porque todo el mundo sabía que los telegramas siempre se enviaban por la noche y

se recibían cuando el destinatario estaba en el primer sueño).

Las cosas cambiaron en la década de los ochenta. Ser de “teleco” llegó a constituir una especie de “denominación de origen”. Igual que los vinos de calidad parece que tienen que ser franceses, las salchichas, alemanas y los paraguas, ingleses (aunque no sea verdad), los ingenieros de profesión tenían que ser de “teleco”. Todos los niños y niñas listos y listas de cada colegio, tenían que ir a “teleco”. Con “teleco” todo el mundo, decían, se colocaba bien y se podía elegir a dónde ir cuando se acabase la carrera. Los periódicos empezaron a hablar de los ingenieros de “Telecomunicaciones” y hasta los políticos llegaron a creerse que obtenían votos poniendo una Escuela del ramo en sus términos municipales.

Con los ochenta llegó también el “yupismo”, igual que a otros entornos, a los profesionales del gremio. En generaciones anteriores a la mía, los de “Tele¿qué?” llevaban corbata y traje porque no se sabía llevar otra cosa. En el fondo daba igual porque todo el mundo llevaba lo mismo. En la mía se pasó al jersey y la trenka, armonizadas inadecuadamente con corbatas de un palmo de ancho. Pero en los ochenta las cosas cambiaron. Muchos colegas adquirieron una fe ciega en los maletines “ataché” y se pasaron en masa a los “chandals de vestir”, que era lo reglamentario en domingos.

Y lo peor del caso es que muchos se lo creyeron. Se llegó a pensar que ya éramos más que “los de Caminos” y que el futuro era nuestro. Todos los horóscopos tecnológicos señalaban al signo de la antena y los dos postes con la catenaria entre ellos, como el más favorable para las próximas décadas (aunque la mayor parte de los “telecos”, que ahora ya no eran “Tele¿qué?”, no superan qué era una catenaria). El espejismo del desarrollismo sin freno caló en todos nuestros

“Con los ochenta llegó también el “yupismo”, igual que a otros entornos, a los profesionales del gremio”

“Nos ha faltado visión realista de futuro y hemos creído que de la extrapolación de un presente luminoso se podía obtener información sobre lo que sería el futuro”



ambientes. Se empezaron a olvidar segmentos en los que se había hecho algo y se intentó competir por alcanzar los que creíamos eran los de futuro. Pero éstos estaban ya ocupados o iban a ser ocupados pronto por otros más rápidos que nosotros. El incienso que nos prodigó la sociedad condujo a que nos mirásemos el ombligo con más fruición de lo que era aconsejable.

Y el resultado es que ahora seguimos mirándonos el ombligo, pero notando con desaliento que ya ni éste nos pertenece. La sociedad comienza a mirar para otro lado. Nada de lo que se pronosticaba para los noventa se está cumpliendo. Y ya ni siquiera se mandan telegramas ni se escriben cartas, hechos éstos que podrían haber resuelto más de un problema.

¿Cuál ha sido la razón de la “gran caída” que estamos viendo? Hay razones para todos los gustos. Desde la escasa fe de algunos en evolucionar hacia otros mercados o hacia otras tecnologías, porque las que tenían les parecían suficientes, hasta el exceso de fe en otros mercados o en otras tecnologías, olvidando las que se tenían. Nos ha faltado visión realista de futuro y hemos creído que de la extrapolación de un presente luminoso se podía obtener información sobre lo que sería el futuro. Habíamos estudiado demasiados sistemas lineales en la carrera y creíamos que todo iba a ser igual. Se hicieron previsiones de demanda de ingenieros de “teleco” con los datos de un cierto momento, y se tomaron como artículo de fe. Se pensó, en algunos entornos, que las tecnologías evolucionarían lentamente, y se encontró que lo hacían en forma abrupta. Se creyó que los mercados en los que se había penetrado eran mercados para siempre, y llegaron los países del sureste asiático y no los quitaron. Se creyó que con la calidad

en nuestros productos con la que nos manejábamos podríamos seguir en el futuro, pero de pronto se precisó una mayor y todo se fue al traste.

Hemos sido durante una década el ejemplo más perfecto de “nuevo rico”. Nos hemos encontrado, de pronto y sin quererlo, en el centro de todas las galas y en el objetivo de todas las miradas. Pero de la misma manera, de pronto y sin saber porqué, nos hemos vuelto a quedar solos. Igual que no estábamos acostumbrados a ser los reyes de la fiesta, ahora no sabemos qué hacer ante la nueva indiferencia.

Dicen que una empresa sólo se consolida cuando ha superado tres o cuatro crisis de gran envergadura. Creo que igual le ocurre a las diferentes profesiones. La solución de la nuestra debe partir de todos los sectores en los que estamos involucrados: del académico, del industrial, del de servicios, ... Cada uno de ellos debe estudiar sus problemas y no intentar resolver los de los otros antes que el suyo propio. Ni el académico debe decir al industrial lo que debe hacer, ni viceversa.

Quizás, dentro de poco, todos se hayan olvidado de nosotros y podremos recapacitar sobre lo que ha ocurrido y sobre lo que hacer. Mientras tanto, podremos volver a tener una conversación como la del principio, pero que ahora podría ser así:

—¿Y tú que haces? ¿Estudias o trabajas?

—Yo, teleco.

Ya no hará falta continuar el diálogo, porque la/el que haya hecho la pregunta sabrá que la respuesta lleva implícito el estudiar mucho y el trabajar poco. Por lo que cambiará rápidamente de pareja y se dirigirá a otro/otra, quizás de nuevo “de Caminos”.

Y vuelta a empezar el ciclo.